

**En el Nombre de Dios,
El Clemente,
El Misericordioso**



سرشناسه : کتب، سرور، ۱۳۳۸ -

عنوان قراردادی : مسافر نیمروز: بر اساس داستانی از زندگی امام حسن علیه السلام. اسپانیایی
عنوان و نام پدیدآور : (la) Hasan Ibn Ali (a) Traducido del persapor Zohre Rabbani
Perdidos en el desierto: Un relato de la vida del segundo Imam, Husain Asivand; Dibujos Husain Asivand; Autor Sorur katbi; Paz sea con el

مشخصات نشر : قم: الهام شرق، ۱۳۹۳. - ۱۳۲ ص. - ۲۰۱۳ م.
مشخصات ظاهری : ۱۸ ص. - مصور (رنگی).

شابک : ۹۷۸-۹۶۴-۲۸۲۴-۶۲-۲
وضعیت فهرست نویسی : فیا

یادداشت : اسپانیایی

یادداشت : کتاب حاضر تحت عنوان "مسافر نیمروز: بر اساس داستانی از زندگی امام حسن علیه السلام" توسط
انتشارات بنیاد بعثت منتشر شده است.

یادداشت : گروه سنی: ب.ج.

آوانویسی عنوان : پردیوس آن ال دسیرتو

موضوع : حسین بن علی(ع). امام دوم، ۳ - ۵۰ ق.

موضوع : داستان‌های مذهبی

شناسه افزوده : آسیوند، حسین، ۱۳۲۹ - تصویرگر

شناسه افزوده : Asivand, Hosein

شناسه افزوده : ربانی، زهره، مترجم

شناسه افزوده : Rabbani, Zohre

رده بندی کنگره : رده بندی دیویی : ۱۳۲۲ الف ت/م/۶۸۵۳۷/۶۸۵۳۷

شماره کتابشناسی ملی : ۳۲۷-۵۵۶



Autor: Sorur Katbi

Ilustraciones: Husain Asivand

Traducido del persa por: Zohre Rabbani

Colaboración: Karina Sain

Director artístico: Naser Hasani

Publicado por: Editorial Elhame Shargh

P. O. Box: 37185/4138 Qom, Irán

Tel/Fax: +982532903644

Fundación Cultural Oriente

Sección Infantil y Juvenil "El Faro"

www.faro21.com

info@faro21.com

Primera edición: 2014

3000 ejemplares

ISBN: 978-964-2824-63-2

© Todos los derechos reservados

Se permite la reproducción citando la fuente

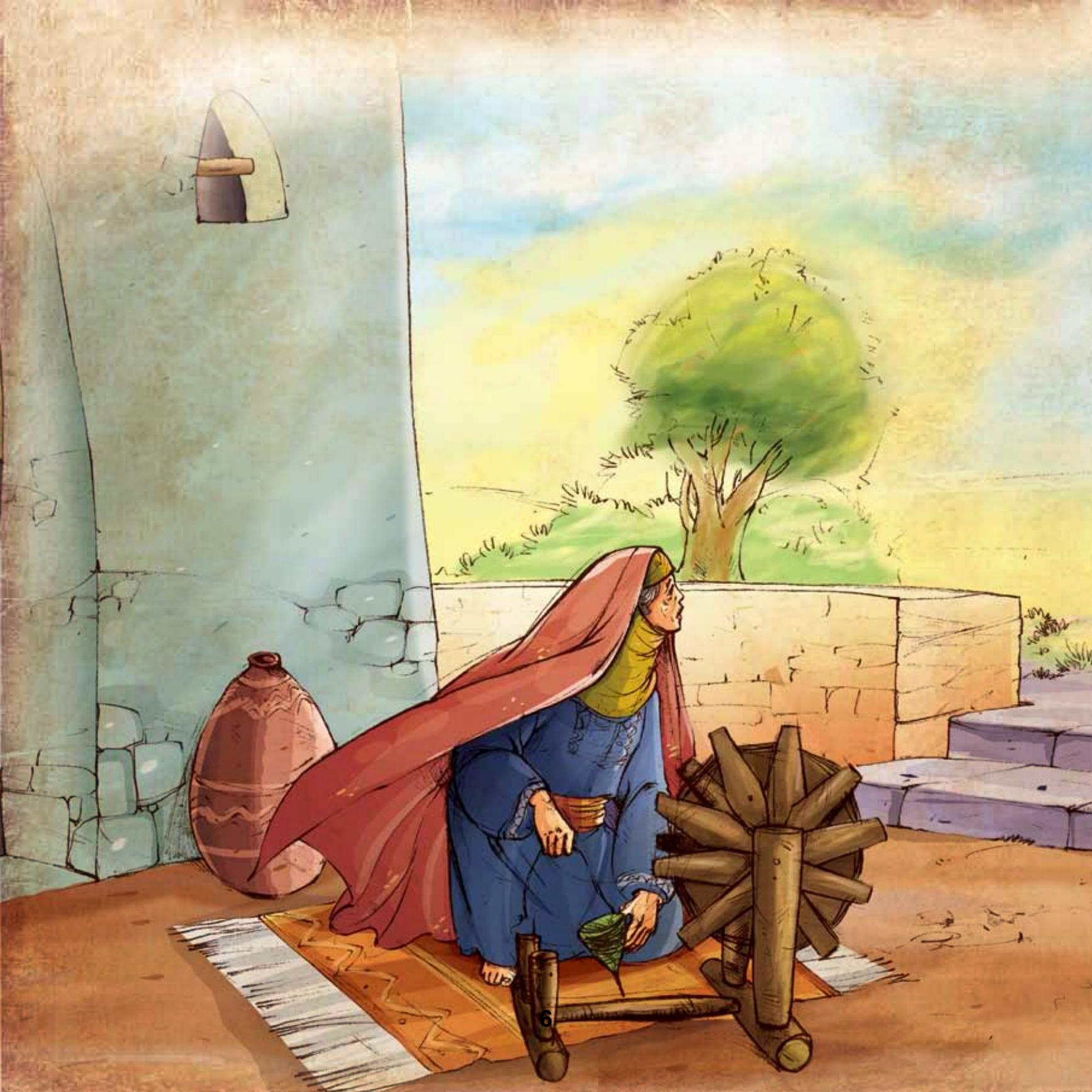
Perdidos en el desierto



La tierra arde y el sol echa su fuego. La voz del grillo resuena entre las matas. Tres hombres bajan de una duna, levantando una nube de polvo. Uno de ellos se detiene al pie de la misma, descubre su rostro y dice, exhausto: "Hace horas que estamos caminando en el desierto y aún no hemos conseguido ni una gota de agua". Un segundo hombre, apenado, mira a su alrededor. Cansado y transpirando, toma un puñado de polvo, lo arroja al aire y dice en voz baja: "La tierra está seca y no huelo agua, tal vez nuestro destino sea morir en este desierto". El tercer hombre, muy agotado da una vuelta alrededor de la duna, y sus compañeros lo siguen. La tierra caliente se halla cubierta por una arena muy fina, en la que se hunden hasta las rodillas. Los tres cansados y sedientos, buscan en todas direcciones, pero el ardiente desierto se extiende frente a sus ojos por doquier. De pronto uno de ellos pone sus manos sobre su frente, señala en una dirección y exclama: "¡Miren!". Se divisan unos palmares, cuyas largas hojas están inclinadas sobre una fuente de agua. Debajo de la sombra de los árboles descansa una oveja. Un poco más alejada, puede verse una pequeña tienda.









A su lado, una anciana teje en su telar. Apresurados, los tres corren hacia ella. Cuando la mujer los ve, se levanta atemorizada y alza su báculo. Uno de ellos dijo: “¡Madre! No queremos molestarte, sólo somos viajeros que sufrimos hambre y sed en el desierto”. Ella, vacilante, los mira y pregunta: “¿Quiénes son ustedes?” Le responden: “Somos peregrinos de la casa de Dios. Si nos das un poco de agua te lo agradeceremos”. La mujer preguntó: “¿Acaso peregrinan a pie a la casa de Dios”. Los forasteros contestan cabizbajos: “Nos avergonzaríamos ante Dios si así no lo hiciéramos. Hemos prometido ir a pie hasta su casa”. La anciana baja su bastón y dice: “La puerta de mi casa siempre estará abierta a los peregrinos. Vayan a la tienda y tomen un descanso”. Los tres entran. La anciana ordeña la oveja, poco después, se dirige a la tienda con un recipiente lleno de leche y les dice: “Beber agua en el caluroso desierto afecta la vista. Les traje leche para que calmen su sed y su agotamiento”. Los hombres beben con gran ansiedad y ella agrega: “Mi esposo y yo vivimos en esta tienda. Él se dirige todas las mañanas al desierto y regresa al anochecer.



Sé que están hambrientos pero no tengo nada para ofrecerles. Sin embargo...” Enmudece un instante y observa a la oveja que está recostada bajo la sombra de las palmeras. El viento sopla suavemente y mueve las ramas. Medita: “Si la sacrifico podría preparar una comida para estos exhaustos viajeros”... Da unos pocos pasos y se acerca al animal. Uno de los extraños se levanta, se acerca a la fuente y realiza la ablución. La mujer lo observa. El hombre se estremece y empalidece. Le dice preocupada: “Tu cuerpo tiembla debido al hambre y al cansancio”. El le dice: “No, sucede que debo dirigirme al Creador de los Universos. Mi cuerpo tiembla por Él”. Su rostro le resulta conocido. Ella se pregunta: “¿Dónde lo he visto?”. El hombre tenía el rostro blanco y rosado, abundante cabellera y ojos tan negros como las noches del desierto. La anciana recuerda un día de su infancia cuando su madre se había trepado a una palmera y desde arriba arrojaba blancos e inmaduros dátiles. Aquel día el palmar olía extrañamente. Era como si hubiesen dejado, en el aire, mezclados los perfumes de todos los bosques del mundo. En aquel momento su padre había llegado corriendo: “Tengo una agradable noticia. Un hombre llamado Muhammad convoca a las multitudes a la adoración de un único Dios. Detesta a los ídolos y reprocha a los hombres que entierran vivas a sus hijas. Él es el Enviado de Dios y trae del cielo a la tierra el mensaje de nuestra felicidad”. La anciana suspira profundamente. Nuevamente lo mira y se pregunta: “¿Quién es este hombre? ¿Por qué motivo me hace recordar aquel día?” El hombre eleva su cabeza y dice: “¡Madre! ¿En qué piensas?” Ella le pide: “Quiero que uno de ustedes sacrifique la oveja para poder prepararles el almuerzo”. Él replica: “¡No madre! ¿Qué le responderás a tu esposo, si regresa y te pregunta por la oveja?” La anciana eleva su rostro y dice: “Mi esposo no dejaría a alguien hambriento en medio del desierto”. Entonces otro de los viajeros se dispone a sacrificar el animal. Apresuradamente ella cocinó la carne. Después de comer los viajeros se retiran, pero antes agrega uno de ellos: “Agradecemos tu bondad.”



Ahora, dínos ¿Qué camino nos conduce hacia La Meca?” Ella señala el oeste del desierto. El sol levanta sus últimos rayos de la tierra y los tres hombres siguen andando. Ella los observa hasta que, a la puesta del sol, desaparecen.

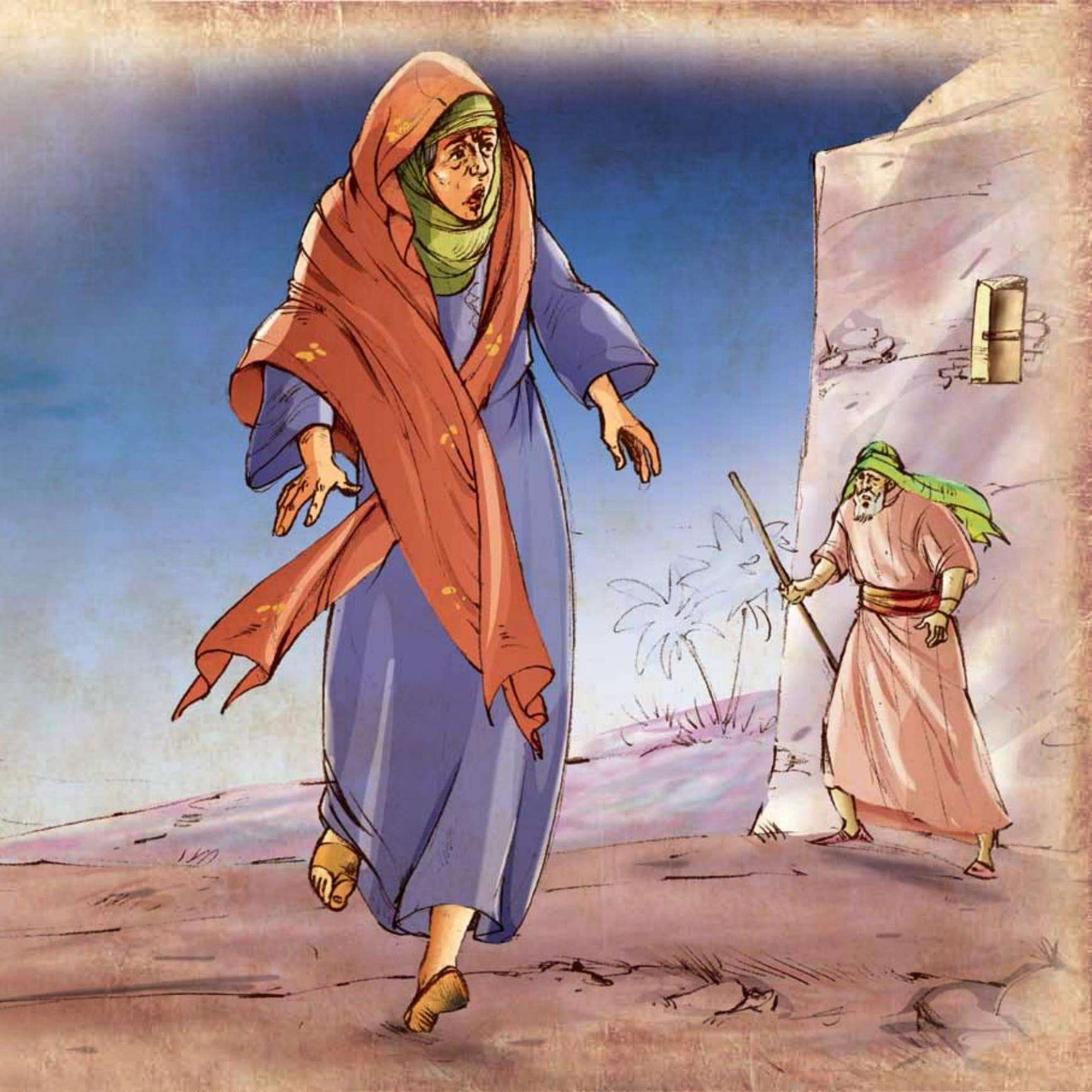


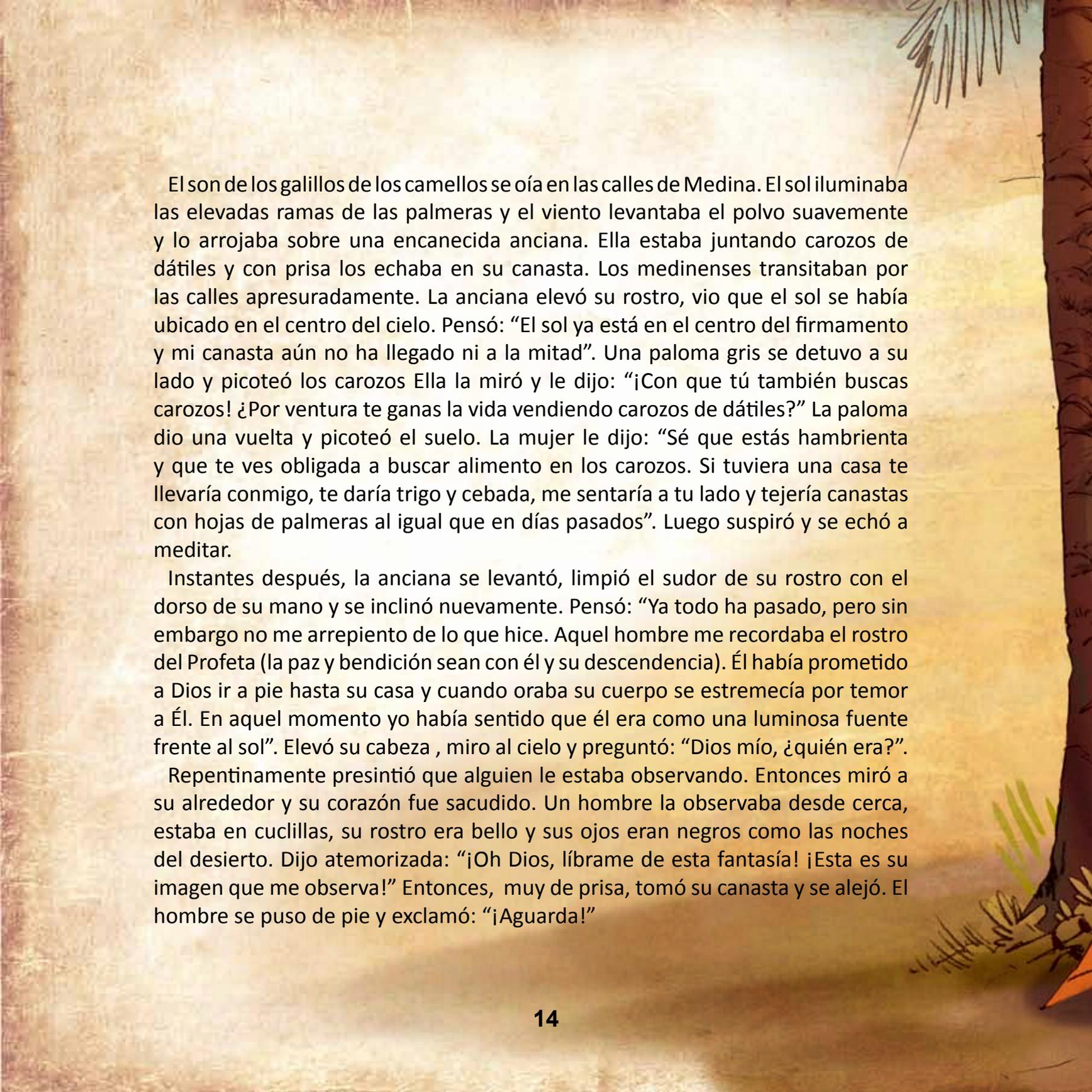
Unos instantes después el clamor de su esposo retumba en el corazón del desierto. “¿Dónde estás mujer? ¡Quiero un poco de leche! ¿No sabes que cuando llego estoy agotado y sediento?”.

La mujer tiembla y con gran temor observa el sitio vacío donde solía recostarse la oveja. El hombre exclama una vez más: “¿Por qué hoy está vacío el recipiente? ¿es que aun no has ordeñado la oveja?” Entonces toma el recipiente y corre hacia la fuente, lo llena de agua y se lo entrega. Cuando ve el agua, grita: “¿Pero no sabes que en este ardiente desierto no puedo beber agua? Tráeme leche ¡de prisa!”.

La anciana mira hacia el oeste y balbucea una explicación: “Ellos eran tres hombres sedientos y hambrientos. Sus provisiones se habían acabado. Yo los saqué con la leche de la oveja y luego les pedí que la sacrificaran...” El esposo grita: “¿Qué dices? ¿Oí bien? ¿Has sacrificado nuestra única oveja para tres extraños?” La mujer le responde: “Ellos no eran extraños, uno de ellos me resultó conocido. Brillaba en su rostro la luz de los profetas. El resplandor de los grandes. Se parecía a Muhammad. El Profeta de Dios”. El hombre golpea su cabeza y exclama: “¿Has enloquecido mujer? ¿No sabes acaso que el Profeta murió hace años? ¿Acaso te olvidaste lo que has llorado el día de su muerte”.

Ella le respondió: “Por Dios que no he olvidado aquel día”. Entonces el esposo le dice: “¿Pero, es que finges estar loca para salvarte del castigo? Has perdido la única oveja que teníamos y ahora pretendes sustraerte de la represalia. Di que estás arrepentida de lo que has hecho”. La mujer aseguró: “Si hubiese tenido mil ovejas, las hubiese sacrificado todas para ellos”. El hombre levanta su bastón e intenta golpear a su mujer. Ella horrorizada corre hacia las dunas. El, deja de perseguirla y exclama: “¡Por Dios, que si veo tu sombra sobre este desierto cavaré una tumba y te enterraré viva!”. Y la anciana escapó atemorizada.





El son de los galillos de los camellos se oía en las calles de Medina. El sol iluminaba las elevadas ramas de las palmeras y el viento levantaba el polvo suavemente y lo arrojaba sobre una encanecida anciana. Ella estaba juntando carozos de dátiles y con prisa los echaba en su canasta. Los medinenses transitaban por las calles apresuradamente. La anciana elevó su rostro, vio que el sol se había ubicado en el centro del cielo. Pensó: “El sol ya está en el centro del firmamento y mi canasta aún no ha llegado ni a la mitad”. Una paloma gris se detuvo a su lado y picoteó los carozos. Ella la miró y le dijo: “¡Con que tú también buscas carozos! ¿Por ventura te ganas la vida vendiendo carozos de dátiles?” La paloma dio una vuelta y picoteó el suelo. La mujer le dijo: “Sé que estás hambrienta y que te ves obligada a buscar alimento en los carozos. Si tuviera una casa te llevaría conmigo, te daría trigo y cebada, me sentaría a tu lado y tejería canastas con hojas de palmeras al igual que en días pasados”. Luego suspiró y se echó a meditar.

Instantes después, la anciana se levantó, limpió el sudor de su rostro con el dorso de su mano y se inclinó nuevamente. Pensó: “Ya todo ha pasado, pero sin embargo no me arrepiento de lo que hice. Aquel hombre me recordaba el rostro del Profeta (la paz y bendición sean con él y su descendencia). Él había prometido a Dios ir a pie hasta su casa y cuando oraba su cuerpo se estremecía por temor a Él. En aquel momento yo había sentido que él era como una luminosa fuente frente al sol”. Elevó su cabeza, miró al cielo y preguntó: “Dios mío, ¿quién era?”.

Repentinamente presintió que alguien le estaba observando. Entonces miró a su alrededor y su corazón fue sacudido. Un hombre la observaba desde cerca, estaba en cuclillas, su rostro era bello y sus ojos eran negros como las noches del desierto. Dijo atemorizada: “¡Oh Dios, líbrame de esta fantasía! ¡Esta es su imagen que me observa!” Entonces, muy de prisa, tomó su canasta y se alejó. El hombre se puso de pie y exclamó: “¡Aguarda!”



La mujer se detuvo asombrada y él le habló pausadamente: “¿Me reconoces? Soy el mismo que junto a mis compañeros, me convertí en tu huésped un mediodía.” La mujer estaba atónita: “¡Dime, por el amor de Dios! ¿Tú eres aquél huésped o eres una alucinación?”. Él respondió: “Hoy, cuando pasaba por esta calle te observé inclinada juntando carozos de dátiles...Quiero regalarte mil ovejas y mil monedas de oro. ¿Aceptas mi obsequio?”. Asombrada le dijo: “¿Mil monedas de oro? Por favor, dime ¿Quién eres tú?” Le contestó: “Soy un siervo de entre los siervos de Dios, al cual tú un día recibiste en tu casa”. Luego escribió algo sobre un papel, se lo entregó a la mujer y prosiguió su camino. Ella exclamó con insistencia: “¿Quién eres?”.

Un hombre que pasaba por allí, le dijo: “¿Cómo es posible que no lo reconozcas? Él es Hasan Ibn Ali Al-Muytabah (Muytaba significa el elegido), el segundo Imam de los Shiías”. La mujer se estremeció y asombrada miró al Imam, que se desaparecía al final de la calle. El viento soplaba suavemente y extendía por las calles de Medina el aroma de los dátiles maduros.





